

## Centroamérica: caminos de una esperanza

Norman J. Solórzano Alfaro

Abogado. Profesor Universitario (Costa Rica)

Lo que se le pide al hombre no es (...) que soporte la insensatez de la vida, sino más bien que asuma racionalmente su propia capacidad para aprehender toda la sensatez incondicional de esa vida.

V. Frankl, *El hombre en busca de sentido*.

En días pasados escuchaba a un cooperante internacional, que había participado en la implementación de la ayuda humanitaria desplegada frente a la catástrofe ocasionada por el huracán Mitch, en Centroamérica; éste cooperante decía cosas como las siguientes: que le había impactado el nivel de corrupción imperante en la región, lo cual impedía que la ayuda que ellos llevaban llegara a quienes la estaban necesitando y, más bien, se lucraba con ella; el poco respeto manifestado hacia la vida humana, tanto por la desatención sanitaria y social, en general, en que se dejaban las necesidades básicas de las gentes, cuanto a la evidente proliferación de la tenencia de armas en manos privadas, y, sobre todo, que ante un espectáculo tan precario como aquel, no podía comprender cómo la gente todavía sonreía...

Cuando se pretende un asomo externo a una realidad como la Centroamericana no cabe más que la sorpresa, la paradoja, y un sentimiento de piedad frente a la barbarie que no ha sido aún superada por poblaciones —generalmente consideradas por el observador— retrasadas y primitivas. Pero, sin ponerse en *el lugar del otro*, del

pueblo centroamericano como realidad viviente y sufriente, no como tópico de una prédica humanitarista redentista, ni como destinatario de una ayuda y beneficencia internacional, producto de la mala conciencia y del excedente, nada de lo que allí pueda suceder se puede comprender.

La historia *sumergida* en (por) esa anécdota tiene cabida, en el sentir-decir de nuestros literatos, en una realidad donde lo maravilloso es la cotidianidad, y lo mágico es nuestra realidad más profunda y sentida, en la cual las pesadillas se imbrican con los sueños, y sólo nos encontramos con la desnudez de una existencia que en el compartir desde su pobreza obtiene su fuerza y persistencia.

De esta forma, ante una descripción como la del observador externo, no podemos más que reconocer nuestras pesadillas, entre ellas:

- El caciquismo político-económico: las oligarquías centroamericanas aparecen, históricamente, ligadas a los intereses foráneos del gran capital (en tiempos de la globalización, principalmente de carácter financiero y especulativo). Esto, aunque sea un tópico, no puede pasar desapercibido cuando se trata de hacer un análisis en función de una transformación de la propia realidad. Superando todo sentimiento y ansias de culpabilización —hoy sólo cobra pertinencia la lógica y la dinámica de la responsabilidad—, no podemos menos que reconocer críticamente que el rezago económico (acopiemos un máximo de eufe-

mismos) responde tanto a causas multifactoriales, cuanto a fuerzas provenientes de distintas instancias, desde las imposiciones de los organismos financieros internacionales, para no remitirnos muy atrás, hasta las propias dinámicas de explotación interna ejercidas por los grupos nacionales económicamente más poderosos en cada uno de los países de la región.

- La existencia de unas fuerzas armadas que han empeñado gran parte del futuro, por haber desgastado el presente y devastado el pasado. Los ejércitos en Centroamérica, en todos los casos en que existen, han sido implementados bajo la égida del imperio, como ejércitos de ocupación, para la sujeción de los sectores populares, la represión y el silenciamiento de sus reivindicaciones, y la defensa de los intereses transnacionales y oligárquicos. Por lo demás, éstas han consumido, como lo siguen haciendo, una parte mayúscula de los escuálidos presupuestos nacionales, en detrimento de otras acciones como la educación, la salud, la vivienda, etc. Por eso no basta ningún proceso de reconversión de las fuerzas armadas, bajo el prurito de la lucha contra el narcotráfico o cualquier otro tipo de campaña, cuando éstas mismas se han convertido, en la mayoría de los casos, en agentes económicamente activos con una red de intereses (diversificación) que han invadido gran parte del espectro económico.
- La creciente (y perversa) inserción de la región en el mercado capitalista: sea como puente en el camino de la droga, desde los lugares de producción primaria, en la periferia, hacia los puntos de distribución del centro; sea como lugar para el *lavado* del dinero del narcotráfico. Los *narcodólares* hacen su giro, en una parte proporcional, pero siempre asimétrica, por los países de la periferia, parte de los cuales son receptados por las oligarquías tradicionales y los grupos económicos emergentes, por las propias fuerzas armadas a través de la cooperación para la lucha antinarcóticos, y las burocracias, estatales y privadas (*corrupción* o el eufemismo de un estilo estructural de funcionamiento de los sistemas de racionalización de la explotación capitalista).
- La *democracia tutelada*, versión tropical de la democracia liberal, de tipo formalista y electoralista, que opera como legitimación del caciquismo. Democracia que no puede cumplir con su promesas de participación y desarrollo, y, por ende, reclama siempre una constante tutela, sea de las fuerzas armadas, sea de la conducción técnica de las burocracias, nacionales e internacionales (FMI, BM, etc.). Democracia tutelada que genera y sostiene los propios discursos antidemocráticos de los sectores más retrógrados y conservadores, si no, véanse los últimos resultados electorales en cada uno de los países de la región.
- La *sombra del águila*, la amenaza de no poder construir ni seguir el propio camino, so pena de ser castigado por el *hermano mayor*. Una historia pletórica de intervencionismo imperialista, a contrapelo de los intereses y las demandas de los pueblos centroamericanos, de sus propias culturas y proyectos históricos.

Así, frente al sufrimiento y el sinsentido, ante la paradoja de una empiría volcada a la producción de la muerte, frente a la furia de una naturaleza que amenazada por el mundo humano se revuelve contra éste y produce catástrofes inmensas, y el cinismo de culpar a la naturaleza por esas *catástrofes naturales* (más eufemismos) cuando en realidad son catástrofes sociales preparadas, activa u omisivamente, por la búsqueda del lucro inmediato, la indiferencia ante la dignidad humana de los seres humanos concretos, el egoísmo de una relaciones mediadas por los principios individualistas del mercado capitalista, podemos decir: *Centroamérica nos duele*, tanto más porque es un sueño de convivencia secularmente interrumpido e imposibilitado; porque es una esperanza de superación por los propios recursos y alternativas, siempre atacada hasta el exterminio; porque es una realidad que se resiste y resiste.

Sin embargo, desde esa resistencia secular, surge un clamor y una esperanza irreductibles (lo que nuestro observador no podía entender):

- En el silencio poderoso de las comunidades guatemaltecas, que guardan una sabiduría profunda, capaz de superar y persistir ante el horror de la masacre y la exclusión social.

- En los esfuerzos de un Belice que busca romper el cerco secular de la invisibilización y que clama por un lugar en el concierto regional.
- En la dignidad de una Honduras varias veces devastada por las *catástrofes naturales*, que hoy clama para que no se reconstruya lo que es signo ominoso de la miseria que se le impone, por los de *dentro de casa* y por los de fuera.
- En la beligerancia salvadoreña, capaz de emprender caminos y formas de solidaridad novedosas para sostener la vida.
- En la resistencia de la tierra de los poetas, Nicaragua, con su revolución soñada y su constante puesta en pie de lucha.
- En la placidez y creatividad costarricense, que rompe esquemas con paciencia histórica.
- En el ritmo de la soleada Panamá, que se mueve y aspira a su propio destino con una alegría irrefrenable.

En Centroamérica los caminos de la esperanza se van abriendo de manera subterránea, casi imperceptible. Es un proyecto de encuentro de pueblos hermanos solidarios, siempre amenazado, que ha de mirar más allá de la retórica de los políticos de turno y las estrategias de las agencias transnacionales.

Cierto es que, cuando se camina en la oscuridad, se puede caer muchas veces y perder la dimensión de las cosas, pero en este caso, sabemos que la oscuridad de la noche, cuanto más profunda, es sólo anuncio de un nuevo día. Mientras llega la mañana, muchas cosas habrá que hacer, y en Centroamérica tenemos una ardua tarea por delante:

- Recuperar nuestra memoria histórica, para poder hacer la justicia que claman las víctimas, pero también para construir un nuevo rumbo, un nuevo proyecto histórico.
- Reconstruir la democracia, para superar toda forma de tutela, en la perspectiva de una democracia para todos y todas mediante el fortalecimiento de una institucionalidad capaz



de crear cauces civilistas para la convivencia social, pero abierta críticamente a su constante renovación.

- Sostener y potenciar las constituciones como instrumentos en los que convergen las muchas aspiraciones de la diversidad de los pueblos y sectores sociales, y que operen, en lo *instituido*, como mínimos para la defensa de los sujetos humanos y las comunidades concretas, mas en lo *instituyente*, como horizonte abierto que pugna por más espacios de libertad y dignidad.
- Defender y realizar los derechos humanos de los seres humanos concretos, de modo que se produzca la transformación social querida y soñada sobre la base de una dinámica que haciendo partícipes a todos y todas, satisfaga las necesidades radicales de todos y todas y tenga como *horizonte crítico* la vida (humana y no humana), que demanda justicia, libertad, igualdad, solidaridad.